


“El principal vehículo de su suerte...”

Nombre, archivo y americanismo conservador en el prólogo del primer número de la revista *Runa*



Carlos Masotta

doi: 10.34096/runa.v43i3.8726

Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Argentina.
 Correo electrónico: cmasott@hotmail.com
 <https://orcid.org/0000-0002-7160-4552>

Resumen

El artículo explora el texto titulado “Cuatro palabras” con el que José Imbelloni prologó el primer número de la revista *Runa* (del Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA) en 1948. Se trata de un texto breve que encabezó aquel número de la publicación y en el que su director expuso los lineamientos generales para la revista deteniéndose en un comentario y explicación sobre la naturaleza e invención del nombre *Runa*. *Archivo para las Ciencias del Hombre*. Indagaré en esos comentarios en tanto operación discursiva y cifra de un capítulo relevante de la autodefinición de la Antropología local en el período.

Palabras-clave

Archivo; Instituto de Antropología; José Imbelloni; Nombre; *Runa*

Name, archive and conservative Americanism in the foreword of the first issue of *Runa*

Abstract

The present article explores the text entitled “Four words” with which José Imbelloni prefaced the first number of *Runa* journal (from the Institute of Anthropology, School of Philosophy and Literatures, Universidad de Buenos Aires) in 1948. It is a short text that spearheaded that issue and in which the publication’s director presented the journal’s general guidelines as well as commenting and explaining the nature and invention of the name *Runa*. *Sciences of Man’s Archive*. I will explore these comments as a discursive operation and figure of a relevant chapter of local Anthropology’s self-definition process during that period.

Key words

Archive; Instituto de Antropología; José Imbelloni; Name; *Runa*



Nome, archivo e americanismo conservador no prefácio da primeira edição da revista *Runa*

Resumo

Palavras-chave

Arquivo, Instituto de Antropologia; José Imbelloni; Nome; Runa

O artigo explora o texto intitulado “Quatro palavras” com que José Imbelloni prefaciou o primeiro número da revista Runa (do Instituto de Antropologia, Faculdade de Filosofia e Letras da UBA) em 1948. É um texto curto que deu origem a esse número da publicação e em que seu diretor apresentava as diretrizes gerais da revista e explicava a natureza e invenção do nome *Runa*. *Arquivo de Ciências Humanas*. Analisarei esses comentários como uma operação discursiva e figura de um capítulo relevante da auto-definição de Antropologia local no período.

Un prólogo que se siente novela

“La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo” declaraba José Hernández en sus “Cuatro palabras de conversación con los lectores” con el que encabezó *La Vuelta de Martín Fierro* (1879). Lo hacía como un reconocimiento de que esas en principio breves *cuatro palabras* habían sido traicionadas en su anuncio de laconismo transformándose en algo más, en un comentario antropológico y en un decálogo moral de lo que los lectores deberían leer en su libro. Cierta problema de proporciones en la escritura y el mismo afán de un prólogo por trascender su situación periférica puede encontrarse casi seis décadas después, en el texto “Cuatro palabras” que escribió José Imbelloni para encabezar el primer número de la revista *Runa*. Pero, por el tiempo transcurrido y tratándose del número inicial de una revista académica del también reciente Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, aquellos viejos problemas de la escritura prefacial del siglo anterior aparecían ahora en los procesos nuevos propios de la universidad y la profesionalización de la Antropología.¹

1. “Cuatro palabras”, de José Imbelloni, se reproduce en el Apéndice 1 al final de este artículo.

¿Qué tipo de texto es el que introduce a una revista académica que se inicia? ¿Qué cosas confluyen y se consolidan, a la vez que se dan a un comienzo ahí? Como vimos, la expresión “cuatro palabras” había sido usada en el campo de las letras del siglo XIX y para el ámbito académico del siglo XX ya era una fórmula anticuada. Podría pensarse a primera vista que se trató de un texto convencional para ocupar el lugar tradicional de la empresa editorial de una publicación periódica que obliga a encabezarla con una nota de presentación. Hasta la misma declaración del título supone cierto cansancio al respecto: (solo) cuatro palabras. Asimismo, optar por él, en lugar de los más frecuentes *prefacio* o *introducción*, podía delatar algún interés suplementario que requeriría ser enunciado con un rótulo más abierto y diferenciado. Y este pareció ser el caso. Pero si con “Cuatro palabras” quería decirse algo más que lo que permitía una simple introducción, el título, con su declaración de brevedad, traicionaba u ocultaba también algo de esa intención.

Tal ambigüedad del escrito puede notarse en el contraste con que algunas revisiones póstumas comentaron la obra del antropólogo. En las bibliografías

de José Imbelloni compiladas por la Universidad del Salvador (Martínez Soler y Vidal Fraitts, 1966) y por la Academia Nacional de Historia (Molinari, 1969), la introducción a *Runa* es ignorada, mientras que en *Evolución de las Ciencias en la República Argentina*, bajo la sección Etnología se reconoce que esas "modestas Cuatro Palabras... configuran en sí mismas todo un proyecto y todo un manifiesto" (Califano, Pérez Diez, Balzano, 1985, p. 17). En verdad, falsas modestas *cuatro palabras*, pues su proclama de laconismo está gobernada antes por la autoridad del gesto que por la brevedad o simpleza del texto. Todo el arte de la escritura de prefacio está atravesado por cierta economía de autoridad y brevedad, pero que esto se haya tensado singularmente en el inicio de la que sería una de las principales revistas de Antropología del país es un índice de los procesos que habitaban y a la vez daban forma a la disciplina en aquel momento.

La convencionalidad de los escritos introductorios gestiona su lugar paradójico: externo pero, a la vez, parte del texto prologado. *Prefacio, introducción o prólogo* son fórmulas ya preconcebidas y ayudan al autor a vincular al lector con su obra en un terreno liminal que retrasa el primer contacto con el cuerpo de esta. En este sentido, el prefacio siempre tiene algún gesto performático porque acarrea algo del problema de demarcación de un límite, común también al inicio de los rituales. En el caso de una revista su uso es aún más problemático, pues no se trata de la obra literaria o ensayística concluida, sino (además de muchos autores y obras) del inicio de una serie abierta en el tiempo.

Gérard Genette (2001), que consideró la naturaleza de los paratextos en un libro elocuentemente titulado *Umbrales*, ubica los prólogos dentro de una *instancia prefacial*. El prefacio no es un simple texto administrativo, sino que se inscribe en una disposición comunicacional construida por tradiciones escriturales que lo consideran en su especial relevancia desde por lo menos mediados del siglo XVI. Introducción, prólogo, exordio, exergo, advertencia, presentación, proemio, nota preliminar, preámbulo, sin ser con exactitud lo mismo, muestran en su diversidad un espacio singular abierto por la instancia prefacial en la escritura del campo intelectual. En el formato libro en que tal instancia se constituye, el prefacio es opcional pero, en el caso del número inicial de una revista, se vuelve casi una obligación. Este imperativo de presentación de la entrega inicial en las publicaciones periódicas acerca el prefacio en su obligatoriedad a los paratextos, *autor* y *título*. Este punto puede ser de interés para el prefacio del primer número de *Runa*, pues en ese texto se incluyeron efectos especiales de la autoría y del título (del nombre dado a la revista) que lo apuntalan en un lugar vital y trasuntan su carácter fundacional.

El vínculo del autor con la instancia prefacial será determinante del tipo de prólogo. En 1948 Imbelloni era un escritor consolidado y competente en los géneros tanto académicos como de divulgación, con una vasta producción iniciada en la década de 1920. En esos casi treinta años, presenció y participó activamente de la expansión del campo editorial, tanto popular como académico, en relación con las llamadas "Ciencias del Hombre" y un tipo de "Americanismo cientificista" (Mailhe, 2018). El tema de las culturas precolombinas le permitió ubicarse en dichos campos y, en ese tránsito, afianzó un estilo de escritura sustentada en una autoridad de tipo escolástica, acompañada por latinismos, citas eruditas y un tono polémico de púlpito. Todo esto aparece concentrado en sus "Cuatro palabras" porque es la voz de autor, además de las de investigador y de director de la revista, la que allí se da cita.²

2. En Argentina, la instancia prefacial ya había sido identificada como objeto singular por la vanguardia literaria, en especial en la obra de Macedonio Fernández *Museo de la novela de la Eterna*, que cuenta con decenas de prólogos. Por ejemplo, en el "Prólogo que se siente novela" (escrito en 1942) declara: "No empiezo, lector, porque al estudiarlo someramente comprendí que ya tenía mi pórtico para la Novela. Me siento intimidado: es por primera vez que mientras me entretenía fácilmente en hacer prólogos, me doy cuenta de que estoy comprometido a una novela... La idea de llegar a autor de una novela... no recuerdo como empezó y se transmitió en mí; y la composición de prólogos me ha estado ocultando el arduo compromiso a que precedían éstos" (Fernández, 1993, p. 105).

La ambigüedad mencionada se presenta asimismo en la consideración gráfica de la impresión del texto en aquel número uno. El título figura con iniciales mayúsculas como sugiriendo que se está delante de un artículo común. Ese título juega con una expresión coloquial o figurada y, en consecuencia, hubiera sido más adecuado el uso de cursivas y minúsculas en el segundo término. Por su parte, el cuerpo del texto pareció absolver esa falta y fue impreso en cursivas, es decir, connotando no ser un artículo de investigación. Tal indecisión (mezcla de estilos en la grafía) fue resuelta por el índice del volumen I, que colocó el texto con el detalle del nombre de su autor bajo la sección "Trabajos originales", que reunía los principales artículos del número.

La *originalidad* de "Cuatro palabras" de *Runa* puede cotejarse con los textos que ocuparon ese mismo espacio inaugural en revistas de Antropología anteriores. El primer número de *Relaciones* de la *Sociedad Argentina de Antropología* apareció en 1937 y fue acompañado de un texto de estructura casi inversa al que estamos comentando: muy breve, retrospectivo, sin título, firmado "F. A". (Francisco Aparicio). Con una forma muy similar se presentaron las "Palabras iniciales" que encabezaron el primer tomo (1940) de los *Anales del Instituto de Arqueología y Etnología* de la Universidad Nacional de Cuyo: también un texto breve, despojado y modesto por el reconocimiento de errores, firmado "La Dirección" (ocupada por Salvador Canals Frau).³

3. Sobre la revista *Anales del Instituto de Arqueología y Etnología* ver Jofré y Heredia (2022), en este dossier.

Diez años después, para la misma función, Imbelloni será complejo en su retórica y contenido, programático y relativamente extenso (en contraste con lo declarado por su título). Además, firmará casi caligráficamente ingresando la fecha (el mes con mayúscula), como si se tratara de un monumento conmemorativo o, en sus propios términos, de una "primera piedra" fundacional: "*Buenos Aires, Noviembre 11 de 1948. J. Imbelloni*".

Aun hoy, el *Diccionario de la Real Academia Española* selecciona la expresión "cuatro palabras" como una aplicación común de *palabra* para significar "manifestación breve". El número de palabras se contabiliza retóricamente sin referir a otra cosa que no sea la brevedad. Como queda claro, no habría que buscar allí cuatro elementos léxicos. Sin embargo, en la Argentina de *Runa* pudo circular la misma fórmula pero en sentido literal.

Desde 1933 las radios de Buenos Aires difundían el tango "Cuatro palabras", escrito por Luis Rubistein ("Que te vaya bien"/ Cuatro palabras/ que sintetizan mi amargura/ Cuatro palabras/ que me robaron tu ternura). Cantado por los populares Charlo (Carlos José Pérez) y Mercedes Simone, fue muy exitoso. En 1942, la orquesta de Juan D'Arienzo incluyó en su repertorio un vals criollo del también popular Miguel Buccino que llevó el mismo nombre ("Hallé en un sobre ya desteñido/ tu retrato con cuatro palabras/ ¡Amor no te olvidaré!). Cómo se ve, en ambos casos, el título repetido de esas canciones no solo era retórica de la brevedad y sus letras se referían también a expresiones concretas, sentimentales y dolorosas formadas por cuatro términos. Es posible que para 1948 José Imbelloni conociera estos tangos, aunque es improbable que al escribir sus "Cuatro palabras" para *Runa* pensara en ellos. Nunca lo sabremos, pero también Imbelloni optará por la misma operación, y sin descartar el recurso retórico remitirá a una expresión de cuatro términos (en este caso, ya no sentimental sino misteriosa): "*Habent sua fata libelli!*":

Al enviar a la imprenta las primeras carillas, no podemos eliminar la pregunta del que coloca la primera piedra: ¿Cuánto tiempo durará el edificio? Pregunta angustiada por cierto, que sería vano contestar con profecías más o menos rosadas, puesto que la

continuidad de los mejores propósitos se ve diariamente adversada por el espíritu de inercia, el afán desmedido de novedades y en mayor escala por un equivocado sentido de la individualidad. Nos limitamos a cumplir nuestra obra con sinceridad y humildad, conformándonos con augurar larga existencia a la publicación que hoy se inicia. Es posible que tuviesen razón los antiguos cuando decían que toda publicación tiene asignado su propio destino: *habent sua fata libelli!* (Imbelloni, 1948, pp. 6-7).

Imbelloni interpreta un sentido más misterioso en esa frase latina que el que tuvo originalmente en el siglo II. “*Pro captu lectoris habent sua fata libelli*” es la expresión completa y puede traducirse con el siguiente enunciado: según la capacidad del lector, los libros tienen su destino. Pero su texto está abriendo un umbral y, en consecuencia, tal acción requiere tanto de misterio como de un oficiante que sepa gestionarlo. Las cuatro palabras latinas le permiten la gestación de una quinta que, en relación al destino será, como declara, la fundamental: *Runa*.

Aun menos insegura es que tengan su propio destino las palabras. El título que hemos elegido para este “archivo” será ciertamente el principal vehículo de su suerte, así como es desde ya una especie de símbolo y resumen del programa. RUNA, como todos saben, es la palabra que en la lengua del Perú Antigua, el Runasimi, significa “Hombre” (Imbelloni, 1948, p. 7).

Palabras, voces y ecos

“Cuatro palabras” involucra un triple gesto fundacional. El del inicio de la revista, el del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires (creado en 1947) y el de ambas direcciones que Imbelloni ocupará desde entonces. En el texto, el Instituto es nombrado ocho veces y se informa de su *fundación* en dos oportunidades, incluso con el exceso de citar la fecha exacta (abril 15). En consecuencia “Cuatro palabras” se inscribe como un acto institucional que por medios textuales asume el carácter performático de un *acto de habla*. El texto lleva la firma *J. Imbelloni*, pero en su enunciación eludirá la primera persona del singular. En cambio, por medio de la tercera, son las figuras institucionales las que se colocarán como centro de la acción: “el Instituto de Antropología se propone”; “la Dirección del Instituto no piensa”; “el actual director sustenta” (p. 5). En el mismo sentido opera una recurrente primera persona del plural con un genérico *nosotros institucional*: “Con la monografía sobre los Toba damos comienzo a nuestro cometido”; “Pensamos que la antropología argentina”; “es nuestro deseo que Runa mantenga” (p. 6); “nos limitamos a cumplir nuestra obra”; “El título que hemos elegido” (p. 7).

En los párrafos iniciales, *Runa* es presentada como la “voz amistosa y solidaria” del instituto recién creado pero, en verdad, “Cuatro palabras” parece construirse como la caja de resonancia de otras cuatro voces que respetan, en orden secuencial un énfasis creciente: la de director, la de investigador, una voz gubernamental y la de autor. Entre sus posicionamientos se ubica un capítulo relevante de la historia de la Antropología local. La primera se instala en su lugar de autoridad (saluda a las “instituciones, laboratorios, y especialistas del América y el Mundo consagrados a la Ciencias del Hombre”; “reparte” las actividades del Instituto de Antropología “en la doble dirección de la Antropología Biológica y de la Cultural” (p. 5); la segunda, la voz de investigador, despliega las aplicaciones disciplinarias de un programa científico y a la vez editorial (“sin desdeñar el trabajo osteológico, daremos un lugar

4. La voz *gubernamental* es un eco del proceso político abierto por la irrupción en el país del peronismo, la intervención de la Universidad de Buenos Aires y el quiebre de las tradiciones de la Reforma de 1918 (Buchbinder, 1997). En el momento de la aparición de *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, este archivo más atento a la operación de denominación que al nombre, y más preocupado por el orden que por la guarda, es expresión de la reconfiguración institucional en curso en la Facultad de Filosofía y Letras

5. La voz de autor no es la expresión directa del sujeto biográfico, sino una construcción en el texto mismo atenta a sus propias reglas culturales, históricas, institucionales y discursivas. Se trata de la función-autor de especial incidencia en textos literarios y científicos. Michael Foucault (1999; 2010) ha caracterizado tal función señalando su incremento en los primeros y su declinación en los otros. Su relevancia en la escritura de la Antropología ha sido señalada fundamentalmente en el campo del texto etnográfico (Geertz, 1989).

Con todo, su presencia puede ser igualmente relevante en escritos no etnográficos. Los textos de Imbelloni en general, y “Cuatro palabras” en particular, fueron un ejemplo local de esto.

6. El uso del término archivo o archivos en publicaciones antropológicas fue común en las revistas iniciales de la disciplina desde el siglo XIX. Agradezco a Axel Lazzari el comentario al respecto. Algunos ejemplos fueron: *Archiv für Anthropologie* (1866); *Archives de la Société Américaine de France* (1875); *Archives du Comité d'Archéologie Américaine* (1893); *Archivo per l'Antropología e la Etnología* (1896).

En América Latina, ya en el siglo XX, otras publicaciones fueron *Revista Archivo do Amazonas* (1907) y *Archivos del Folklore Cubano* (1924). En Argentina, las revistas *Archivos del Museo Etnográfico* (1930) y *Archivos Ethnos* (1948) (ambas de irregular publicación) son muestra del continuidad del uso del término en revistas antropológicas contemporáneas a la aparición de *Runa*. Otro antecedente fue *Archiv für Völkerkunde*, iniciada en 1946 por el Museo de Viena. Algo de esta tradición en la nominación de las revistas académicas del campo antropológico en Argentina se sostiene hasta la actualidad. Replican, a su manera, la fórmula de *Runa. Scripta Ethnologica. Archivo para una Fenomenología de la Cultura* (iniciada en 1973) y *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana* (iniciada en 2011).

de preferencia a las indagaciones sobre los grupos humanos estudiados en el viviente y a las serológicas, del territorio argentino en primer término” (p. 6).

Una tercera, más impersonal, reúne a las anteriores en el impulso de una causa común. Se trata de una expresión o voz gubernamental. “Cuatro palabras” tal vez sea el primer texto que en el país declara explícitamente a la Antropología local como función estatal (tal vez el primero en usar el sintagma “Antropología argentina”):

La antropología argentina ya ha rebasado la etapa de curiosidad lugareña, y puede —más bien debe [...]—, participar directamente del diálogo científico que se debate entre las universidades de los países de alta cultura, afrontando los problemas de mayor responsabilidad” (Imbelloni, 1948, p. 6).

Tal voz gubernamental otorga un tono programático apoyándose en operaciones de temporalidad. Los pueblos indígenas contemporáneos son “grupos residuales” “cuya incorporación a la vida nacional constituye un magnífico programa para la actividad gubernamental y una interesante perspectiva demográfica para la Nación Argentina” (p. 6). Se trata de culturas “que sobreviven” mientras un “impulso” “incita a todos los países hacia la antropología” (p. 6). Es el momento del ingreso de la Antropología en el Estado y viceversa (Lazzari, 2002, 2004).⁴

Finalmente, la voz de autor que además de *intitular* a la publicación se detiene en las significaciones de la palabra *runa* y de su aplicación como nombre de la revista. Esta voz, sin declararse es la más potente. Su fuerza se expresa en la complejidad conceptual, en la estructura alambicada del texto y en la tensión provocada por la ausencia del yo autorial y la presencia de la firma de Imbelloni al final del escrito.⁵ La emergencia de la voz de autor se reserva para el final con el extenso comentario (ocupa la última de las tres carillas del texto) en torno a la nominación. La contigüidad entre el nombre “Runa” y el del propio Imbelloni en el cierre producen el punto de clímax del texto.

Finalmente, la relevancia que la voz de autor adopta en “Cuatro palabras” la conforma también como *voz de mando* que nombra e impone un orden. La expresión convencional del título del texto ahora puede leerse asimismo como cuantificación y la incorporación del término *archivo* al nombre de la revista denota también esa conjunción nombre/orden.

El archivo que *Runa* presupone se encuentra en un punto de clivaje entre la tradición anterior de denominar a las revistas como archivos, en tanto compilación y guarda de textos o documentos, y una nueva que estaría enfatizando los sentidos de orden y clasificación sobre el anterior. Efectivamente, desde el siglo XIX muchas publicaciones periódicas del campo antropológico usaron la palabra archivo como autodenominación.⁶ Un antecedente directo habían sido los tres números de *Archivos del Museo Etnográfico* publicados en 1930. Pero la flamante revista también se diferenciará de esa tradición, desplazándose desde la forma plural *archivos* hacia un singular *archivo* y ubicando este término en segundo lugar después del nombre *Runa*, tomado de la lengua *quechua* (*Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*).

El desplazamiento hacia el singular (archivo) ya denota una operación de orden y el contraste con la pluralidad de “las Ciencias del Hombre” se dirige en la misma dirección. Por su parte, el uso del plural en las publicaciones anteriores (como en la citada del Museo Etnográfico) enfatiza en la reunión

de documentos o textos, e incluso en el espíritu de rescate cultural propio de la Antropología decimonónica. En cambio, archivo en singular trata de la institución; de la institución que ordena y de la institucionalización de un orden. Finalmente, “para las Ciencias del Hombre” denota la agentividad dada a tal archivo.

Del mismo modo, este desplazamiento puede observarse en lo institucional, pues con la fundación del *Instituto de Antropología*, el *Museo Etnográfico* pasó a ser dependencia del primero. Esto último demostraba la profundidad de los cambios operados, porque desde el siglo XIX la relación general entre institutos y museos de Antropología había sido inversa. Podría decirse que la nueva relación de poder habilitó una forma de nombrar también nueva de la cual el sintagma *Runa. Archivo para las ciencias del hombre* es un claro ejemplo.

El nombre de la revista se resuelve en una suerte de estructura de traducción (nombre: significado). Como tal, puede notarse nuevamente la función clasificadora en tales operaciones.

Se diría que Imbelloni y su Antropología argentina no están solo fundando un archivo, como lo declara el texto y el mismo nombre de la revista, sino ya ordenándolo.⁷

“Eso de intitular con la palabra ‘Hombre’ una revista de Antropología”

Archivo o archivos era ya un clisé en el mundo de las revistas de Antropología, pero el uso de un término de una lengua indígena no contaba con antecedentes en tal espacio académico. Por su excentricidad, la nueva voz indígena parecería irrumpir entre las que ya reverberan en el texto. Pero el prólogo de Imbelloni funciona como un dique que intenta contener cualquier desborde en ese sentido. Tal dique opera por orden y por dispersión. *Runa*, además de la suerte en el destino de la publicación, será “desde ya una especie de símbolo y resumen del programa” (p. 7). En primer lugar, la estructura dual *Runa/Archivo*, sugiere que el segundo término es la esencia o sentido final del primero. En segundo lugar, y como si tal ordenamiento no bastara, “Cuatro palabras” concentrará en su página final una traducción, una complicada explicación y una justificación:

RUNA, como todos saben, es la palabra que en la lengua del Perú Antiguo, el Runasimi, significa “Hombre”. Eso de intitular con la palabra “Hombre” una revista de Antropología, es cosa que no puede sorprender a nadie; véanse, por ejemplo, las revistas *Man* que se publica en Londres y *Anthropos* que se publicó en Viena y ahora en Suiza. Es plausible que adoptemos su equivalente del idioma Runasimi, que fue la más alta lengua de cultura de la América del Sud.

El vocablo RUNA se presta además para aclarar nuestra posición frente a las tendencias de excesiva limitación o sobrada extensión del temario, que a su vez son consecuencia del modo como se concibe el objeto de la Antropología. Dice Garcilaso de la Vega de los Peruanos, que al hombre “para diferenciarle de los brutos, le llaman Runa, que es Hombre de Entendimiento y Razón...”. Nosotros nos encontramos bien lejos de aquellos antropólogos cuya mentalidad se ha plasmada de acuerdo con las convenciones mentales del 800 (Imbelloni, 1948, p. 7).

Lo que he llamado voz de autor se despliega con especial sofisticación allí, ya en cercanía con la firma de su nombre. Tal voz insiste con un comentario

7. Parfraseando el conocido texto de Derrida (1997) podría decirse que *Runa* emerge del *mal de archivo* de la Antropología local. La proclamación de la revista como archivo, en conjunción con el término de una lengua indígena para su nominación, reúne retóricamente los problemas relativos a la autoridad sobre el orden y sobre el tiempo involucrados en dicho *mal*. Sobre la discusión en torno al archivo ver Jofré y Heredia (2022), San Martín (2022) y Tolosa (2022) en este *dossier*.

reflexivo sobre su propia acción (“Eso de intitular...”). Como si no bastara con la invención del nombre de la publicación, el comentario reflexivo redundaba a la vez que se afianza en la función de la voz autorial: “Intitular” supone creación y autoría de una obra.

“RUNA” (p. 7) es utilizado en dos sentidos: “Hombre” y “Hombre de Entendimiento y Razón” (p. 7). A pesar del contraste entre ambos (universal-particular), los comentarios enfatizan lo universal de “Hombre” (p. 7) (las mayúsculas las ingresa Imbelloni). La instrumentación del vocablo *runa* es eurocéntrica, pues el término es seleccionado en función de supuestos sentidos occidentales de universalidad.

Las detalladas aclaraciones en torno a la “adopción” de “RUNA” intentan controlar la polisemia del término y, en particular, del mismo acto. Para decirlo brevemente, se trata de inhibir el indigenismo que pudiera involucrar tal selección léxica. En efecto, en el texto, como vimos, los indígenas son “culturas extintas” o “que sobreviven”, “razas” o “grupos residuales”. Imbelloni parecería haber tenido un especial cuidado en eludir la utilización del término *indígena*, lo que hace más contrastante la elección de una palabra del *quechua* para dar título a la revista. La tensión involucrada se resuelve por medio de un comentario y una pirueta de traducción. El texto declara que el término *runa* es tomado de la “lengua del Perú Antiguo”, “la más alta lengua de cultura de la América del Sud” (es decir, no del *quechua* en uso). Asimismo, tal selección se hace en función de un supuesto significado universal (“Hombre”). Ambos movimientos (el giro historicista sobre el término y su reducción universalista) son solidarios y conforman su encorsetamiento eurocéntrico.⁸

8. No he encontrado justificación a la consideración del término *runa* como una alusión a los caracteres de la antigua escritura escandinava, tal como sostienen Vezub y De Oto (2011).

La migración de sentidos desplegada con tal manipulación (Runa = Hombre = Man = Anthropos) parece jugar con las reglas de la geopolítica de las teorías de Ratzel que Imbelloni admiraba. En “la antigua lengua del Perú” existió una palabra que llegó a asimilarse a la noción occidental de “Hombre”, que ahora rescatamos en su equivalencia con las lenguas occidentales. Paradójicamente, la ecuación parece reponer algo de las teorías que afirmaban orígenes occidentales del poblamiento americano, que el mismo Imbelloni se había encargado de refutar en las décadas anteriores. Su esfuerzo estaba orientado a la acotación de sentidos que la adopción de un término de una lengua indígena podría diseminar. En este orden, la palabra *runa* opera antes que como una cita de lo local o lo indígena, como un *orientalismo* (Said, 1990); una peculiar construcción geopolítica y cultural que inviste con ropas exóticas sentidos de lo propio para su des-cubrimiento o traducción en el ejercicio de una auto exhibición.

En “Cuatro palabras” la traducción del término *runa* es una operación especialmente significativa para un comentario reflexivo sobre la misma nominación de la publicación. El texto reconoce dos funciones a las que el término “se presta” (p. 7). En primer lugar, empatarse con el título de las publicaciones europeas consagradas por medio de un juego de equivalencias en torno a “Hombre”. Luego, para “aclarar nuestra posición frente a las tendencias de excesiva limitación o sobrada extensión del temario, que a su vez son consecuencia del modo como se concibe el objeto de la Antropología” (p. 7). Es decir, una aplicación universal y otra particular de alteridad.

Con las acotaciones referidas al significado, Imbelloni volvía a un término observado específicamente en trabajos de investigación tempranos en torno a la genealogía inca, revisitado en los años inmediatos anteriores a la aparición de la revista (Imbelloni, 1944, 1946).

Por ejemplo, en la última de esas investigaciones puede leerse:

El vocablo runa del Qh́eshua: es traducido por “el hombre” y la “gente”, “raza”, “generación” y “casta”. “El hombre de entendimiento y razón”, dice Garcilaso (Lib. 1, cap. VII, p. 421) para distinguirlo de los brutos. Su significado es colectivo en las oraciones que se refieren “al Hombre” (Imbelloni, 1946, p. 69).

Imbelloni estaba convencido de que en *runa* había encontrado un término equivalente al que en Occidente se acuñó como “Hombre” (con mayúscula, como él mismo lo escribe) en el sentido de humanidad. Es decir, de una categoría occidental de tipo universal. Pero en lo que es su principal fuente al respecto —el libro *los Comentarios Reales de los Incas* (Inca Garcilaso de la Vega, 1976[1609])— se informa recurrentemente la aplicación del término en combinaciones diversas para la identificación de sectores del mundo indígena. En resumen, los antecedentes citados no son suficientes para declarar tal universalidad. En cambio, parece tratarse de una forma en que el *quechua* denomina a sus hablantes en general, habilitada especialmente para la identificación de singularidades en las que “hombre de entendimiento y razón” tal vez sea la menos comprobable.

La cita de Garcilaso corresponde al capítulo VII de sus *Comentarios Reales* titulado “Alcanzaron la inmortalidad del ánima y la resurrección *universal*”. Se trata de la afirmación de que los incas amautas (filósofos) compartían esas creencias con el cristianismo, asimilación común en las fuentes españolas de la época. La explicación de Garcilaso es el único comentario que otorga esas características al vocablo y, dado el contexto de intención evangélica del capítulo, parece operarse ya entonces la torsión universalista que Imbelloni retomará sin crítica alguna.⁹

En resumen, el vocablo *runa* tiene en la lengua *quechua* múltiples aplicaciones. Imbelloni optó por rescatar una de fuentes coloniales que le permitiera la singular piroeta de traducción para la acotación de su polisemia. La incorporación de mayúsculas en “RUNA”, “Hombre”, “Entendimiento” y “Razón” (no las llevan en el texto de Garcilaso) enfatizan aún más la torsión que se quiere aplicar al término hacia un carácter universal.

Un ejemplo de aplicación particular del término *runa* es comentado por el propio Garcilaso. Es casi un contraejemplo del uso propuesto por Imbelloni que, con sus lecturas eruditas y minuciosas de fuentes, difícilmente desconociera. En él se afirma una aplicación particular del término a un grupo de mujeres: las prostitutas.

Llámanlas *pampairuna*, nombre que significa la morada y el oficio, porque es compuesto de *pampa*, que es plaza o campo llano (que ambas significaciones contiene), y de *runa*, que en singular quiere decir persona, hombre o mujer, y en plural quiere decir gente. Juntas ambas dicciones, si las toman en la significación del campo, *pampairuna* quiere decir gente que vive en el campo, esto es por su mal oficio; y si las toman en la significación de plaza, quiere decir persona o mujer de plaza, dando a entender que, como la plaza es pública y está dispuesta para recibir a cuantos quieren ir a ella, así lo están ellas y son públicas para todo el mundo. En suma, quiere decir mujer pública.

Los hombres las trataban con grandísimo menosprecio. Las mujeres no hablaban con ellas, so pena de haber el mismo nombre y ser trasquiladas en público y dadas

9. “Tuvieron los Incas amautas que el hombre era compuesto de cuerpo y ánima, y que el ánima era espíritu inmortal y que el cuerpo era hecho de tierra... Y para diferenciarle de los brutos le llaman *runa*, que es hombre de entendimiento y razón, y a los brutos en común dicen *llama*, que quiere decir bestia” (de la Vega, 1976 [1609], p. 75).

por infames y ser repudiadas de los maridos si eran casadas. No las llamaban por su nombre propio, sino pampairuna, que es ramera” (de la Vega, 1976 [1609], pp. 194-195).

Otro aspecto problemático, como sugerimos, es la elección del término de una fuente colonial cuando se trata de una lengua indígena en uso; más aún cuando puede constatarse que en la literatura indigenista del siglo XX la palabra *runa* es identificada con otro sentido. La novela *Huasipungo* (1934), del ecuatoriano Jorge Icaza, incorporó muchos términos del *quechua* y un glosario con su traducción al español. En él *runa* se traduce como *indio*. La novela fue premiada y publicada en Buenos Aires en 1935.

El uso de términos indígenas en esa novela (incluso en su título) y la incorporación de un glosario *ad hoc* fue emergente de un proceso singular en el campo cultural latinoamericano de izquierda de la primera mitad del siglo XX. Éste produjo tanto en lo lingüístico como en la gráfica un sostenido discurso indigenista de crítica social, denuncia de explotación de la población aborigen y de los efectos del colonialismo y el imperialismo. La revista *Amauta* (1926-1930), que dirigió en Perú José Carlos Mariátegui, fue el centro de gravitación más conocido. La trayectoria intelectual de José Imbelloni es contemporánea a dicho movimiento cultural, aunque su posicionamiento —relacionado con grupos católicos y de derecha— lo mantuvieron en sus antípodas. En este orden, su obra americanística anterior a la fundación de la revista *Runa* puede leerse como un tipo de historiografía antiindigenista, un discurso combativo no solo de los desvíos (o desvaríos) interpretativos sobre el pasado precolombino, sino de los desplazamientos vinculados con el tratamiento de lo indígena en el campo las vanguardias latinoamericanas, que consideraban a las poblaciones indígenas contemporáneas como sujetos políticos.

10. Giovanni Gentile (1925), *Che cosa è il fascismo: Discorsi e polemiche*.

11. Mariátegui arremetió contra esa consigna de Gentile por lo menos en dos artículos: “Biología del fascismo”, compilado en *La Escena Contemporánea* (1925) y “La agonía del cristianismo de don Miguel de Unamuno”, publicado en las revistas *Variedades* y *Amauta* (1926). Alberto Rex González aun recordaba esa consigna en una semblanza de 1991: “El grupo de los investigadores, a veces autocalificados como liberales, no se opuso en la práctica a la escuela de Viena, liderada por Imbelloni, quien desde finales de los '20 se hallaba en el país y a cuyo carisma, saber y combatividad (*non pacem sed gladium*) nadie se atrevía a discutir” (González, 1991-1992).

En 1926 Imbelloni tituló su primer libro *La Esfinge Indiana* posiblemente inspirado en una posición crítica a *Eurindia*, de Ricardo Rojas (1924) (nótese en ambos títulos el juego similar en tanto hibridación eurocéntrica). Su postura polémica la anunciaba además en otras cuatro palabras que, a modo de consigna, imprimió en la misma portada del libro acompañada con el dibujo de una daga/crucifijo: “*Non pacem sed gladium*” (ver Imagen 1). Esta fue una máxima del fascismo italiano difundida por Giovanni Gentile en un texto de propaganda el año anterior.¹⁰ La bravuconada en un texto que declaraba ser de investigación arqueológica e historiográfica demuestra que el americanismo de la época pudo ser arena de conflicto entre el fascismo y la izquierda. Desde Perú, José Carlos Mariátegui ya había denunciado la incitación a la violencia contenida en la máxima cristiana promovida por Gentile.¹¹

Figura 1: Portada de la primera edición de *La esfinge Indiana* (1926) con consigna fascista.



La conjunción de título con consigna fascista en *La Esfinge Indiana* delataba ya una operación singular de la instancia prefacial y un gusto particular por la nominación, casi como un juego esotérico que Imbelloni pareciera retomar, con la inclusión de un término de lengua indígena, en la fundación de la revista *Runa*. En los títulos de su numerosa bibliografía casi no se encuentran términos indígenas. Su *Pachacuti IX. El Incario crítico* (1946), como se ve, se trata de un nombre propio y de un libro inscripto en la colección titulada *Humanior*, por el mismo Imbelloni. En este sentido, la aplicación del término *runa* para la revista del Instituto de Antropología puede verse como una repetición de ese gesto misterioso, aunque también con la novedad del préstamo lingüístico.

En el mito clásico, Edipo acierta la respuesta al enigma de la esfinge que es *el hombre*. Si la esfinge es indiana es verosímil que la respuesta sea dicha en una lengua indígena (el *quechua*). La opción por el nombre en quechua pudo haber sido una última carta para introducir su americanística conservadora en el proyecto de Antropología del Instituto de Antropología que parecía dejarla de lado en su plan escrito. Con el nombre elegido, algo de aquello se introduce o convive en el mismo proyecto: en 1949, el instituto propuso infructuosamente la creación de una licenciatura en Americanística (Perazzi, 2014); en 1952 Imbelloni publicó su *Segunda esfinge indiana* (corregida, aumentada y sin la máxima de la primera edición).¹²

12. La publicación en 1948 del artículo “La americanística de José Imbelloni”, escrito por uno de sus discípulos, muestra también la vitalidad aun del proyecto (Dezso, 1948).

Tal vez, para la revista, “el principal vehículo de su suerte” no fue su nombre, sino la hibridación que éste creaba, algo que Imbelloni, a pesar de sus esfuerzos, no podía terminar de controlar porque, de alguna forma, también lo habitaba en sus contradicciones. Las transformaciones del espíritu de la revista en las décadas siguientes hacen que el triunfo de su primer director frente a aquella esfinge (incluso siendo un monstruo que él mismo creara) haya sido relativo.

En 2003 el antropólogo Ciro Lafon recordaba al viejo antropólogo “tocando el clavicordio en una casa de tono solemne que más bien se parecía a un museo y a una iglesia” (Guber, 2011). ¿Habrá improvisado algún tango?

Financiamiento

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado nacional, por lo tanto queda sujeto al cumplimiento de la Ley Nº 26.899”. Este trabajo cuenta con apoyo de la Universidad de Buenos Aires, Proyecto UBACYT Nº 20020190100353BA, 2020-2023, “Conocimiento arqueológico, conocimiento local y procesos de patrimonialización en el Oeste del paralelo 42° (provincias de Chubut y Río Negro)”.

Biografía

Carlos Masotta es Licenciado y Doctor en Antropología por la Universidad de Buenos Aires. También es docente e investigador en dicha universidad, en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Facultad de Ciencias Sociales. Es Profesional Principal del CONICET con lugar de trabajo en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). Desarrolla tareas de docencia e investigación en temas vinculados a la memoria colectiva, pueblos indígenas y políticas estéticas y de la imagen. Ha realizado documentales etnográficos y curado exposiciones fotográficas en torno a esas temáticas. Algunas de sus investigaciones y documentales han sido premiados. Es director de la revista *Corpus. Archivos virtuales de la Alteridad Americana*.

Referencias bibliográficas

- » Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: EUDEBA.
- » Califano, M., Pérez Diez, A. y Balzano, S. (1985). Etnología. En AA.VV, *Evolución de las ciencias en la República Argentina*, volumen X: Antropología (pp. 9-71). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro Argentino de Etnografía Americana.
- » de la Vega, I. G. (1976[1609]). *Comentarios Reales I*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- » Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- » Dezso, L. (1947). La Americanística de José Imbelloni. *Anales de Arqueología y Etnología*, 8, 197-214.
- » Fernández, M. (1993). *Museo de la novela de la Eterna* (A. M. Camblog y A. de Obieta, edición crítica). Madrid: CEP - Biblioteca Nacional de España.
- » Geetz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- » Genette, G. (2001). *Umbrales*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- » González, A. (1991-1992). A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 20(1), 91-110.
- » Guber, R. (2011). Ciro René Lafon y su pequeña historia del Museo Etnográfico y la Antropología de Buenos Aires. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 1(2). <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus/article/view/436/1592>.
- » Foucault, M. (1999). *El orden del discurso*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tusquets
- » Foucault, M. (2010). *Qué es un autor*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El cuenco de plata.
- » Imbelloni, J. (1948). Cuatro palabras. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 1, 5-7. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/4873/4358>
- » Imbelloni, J. (1944). La tradición peruana de las cuatro edades del mundo en una obra rarísima impresa en Lima en el año 1630. *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, 5, 55-94.
- » Imbelloni, J. (1946). *Pachacuti IX. El incario crítico*. Ciudad Autónoma Buenos Aires: Humanior/Nova.
- » Jofré, C. I. y Heredia, D. (2022). Habitando los bordes de las Antropologías y Arqueologías periféricas en Argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 291-306.
- » Lázzari, A. (2002). Indio argentino, cultura (nacional): Del Instituto Nacional de la Tradición al Instituto Nacional de Antropología (1943-1976). En R. Guber y S. Visacovsky (Eds.), *Historias y estilos etnográficos en la Antropología argentina* (pp. 153-201). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Antropofagia.
- » Lázzari, A. (2004). Antropología en el Estado: El Instituto Étnico Nacional. En F. Neiburg y M. Plotkin (Comps.), *Intelectuales y expertos* (pp. 203 - 229). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- » Mailhe, A. (2018). José Imbelloni y la formación de un lectorado americanista. *Prismas*, 22(1), 75-95.

- » Maríategui, J. C. (1925). *La escena contemporánea*. Lima: Editorial Minerva.
- » Martínez Soler, B. y Vidal Fraitts, L. (1966). *Anales de la Universidad del Salvador*, 1966(2), 223-241.
- » Molinari, J. L. (1969). Bibliografía del académico de número Dr. Don José Imbelloni. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 42, 315-334.
- » Perazzi, P. (2014). Peronismo, pos-peronismo y profesionalización: Trayectorias académicas, estrategias de auto-preservación y círculos discipulares en la Antropología porteña, 1945-1963. *Sociohistórica*, 34. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6479/pr.6479.pdf.
- » Said, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- » San Martín, C. (2022). El espíritu sobre la materia. Las escrituras de Manuel Jesús Molina en los márgenes de Runa. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 185-218.
- » Tolosa, S. (2022). Muertos ilustres... ¿o no tanto? Reflexiones sobre el diálogo con archivos incómodos, prácticas desterradas y actitudes cuestionables de nuestros ancestros disciplinares. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 157-178.
- » Vezub, J. y de Oto, A. (2011). Patagonia, archivo etnológico y nación en el primer peronismo. *Otros Logos*, 2, 135-162.

Anexo

- » Cuatro palabras (Imbelloni, 1948). Disponible en: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/4873>